

# Alfredo Cardona

CARLOS MORALES



## Caballero de la pluma en ristre

Su Patria grande era tan ancha como su imaginación, como su espíritu indomable. Abarcaba todas sus inquietudes, todas sus preocupaciones, el continente entero. Más su Patria Chica era esta Tierra de sus desvelos. Tierra que lo oyó gritar por vez primera y que lo escucharía muchas veces más: ya cantándole con sus versos depurados, ya vociferando contra las injusticias o las intromisiones. Cuando la invasión era más negra y la causa más injusta, aunque se llamara «just cause»; cuando todos se callaron, cuando todos tuvieron miedo, él siguió defendiendo la soberanía de su terruño desde cualquier esquina y en el periódico que lo dejara. ¡No hay que olvidarlo! El poeta Alfredo Cardona Peña, campeón de más de 40 libros y Premio Nacional de Cultura 1985, apagó su lira el pasado 1º de febrero en la ciudad más populosa del mundo. En el México que lo había acogido desde 1936, Cardona cierra su incomparable biblioteca, levanta bastón y boina, se aparta del mundanal ruido, pero no desaparece. La muerte no existe, lo que existe es el olvido, y por eso el poeta tiene asegurado su futuro. Una obra vasta, injertada en dos tierras, pero cimentada en las columnas de la cultura universal y muy particularmente en los filósofos griegos, en Dario, en Cervantes y en su maestro principal don

Francisco de Quevedo, le arrojó para dejarnos esa herencia de diálogos inolvidables con Diego Rivera, sus cuentos fantásticos, sus crónicas mexicanas, sus relatos de misterio, sus cápsulas eruditas, sus artículos airados y el caudal inagotable de 50 años de poesía. Una existencia cumplida a plenitud: para los demás, que es siempre lo primero en los hombres grandes, y para él mismo, que la vivió intensamente y le tomó el gusto. Nunca abandonó su vieja Remington y hasta sus momentos finales garabateaba con dificultad breves aforismos, algún poema medio perdido en la memoria, una nostalgia de las estrabaciones del Poás o el recuerdo bohemio de sus contertulios en las cantinas «Nueva Lira», «Morazán» y «Los parales», adonde venía cada diciembre para recuperar imágenes en la voz de los amigos que no lo marginaron por culpa de su coherencia ideológica.



El mismo espíritu joven que traía en 1968, cuando lo conocí en una cena a la que invitó el Lic. Guido Fernández, entonces director de La Nación, era el que exhibía en sus últimos movimientos con una pierna baldada allá en su casa-biblioteca de Cocoteros.

Una vez, me sirvió de cicero en bares y museos mexicanos. Me descubrió parte del D.F., piedra a piedra, con el placer del reencuentro tico en la gran ciudad de los aztecas. Pasó el día y pasó la noche y el poeta no daba señales de cansancio. Era la madrugada. Yo estaba preocupado de su salud y de su largo retorno hasta Nueva Santamaría, en el fondo de Tenochtitlán, pero el amigo no había tenido tiempo para eso. Él estaba feliz en la entrega fraternal y patriótica. Las mezquinas demandas del cuerpo no contaban.

Ese era Cardona Peña, el hombre. Un soñador que procuró ser leal y coherente. Un caballero de pluma desenfundada cuya honradez y decencia nadie pudo tocar. Un miembro heroico de esa especie en vías de extinción que se llama el hombre digno. Caballero de pluma al hombro. Cuando en La Nación, donde escribió 20 años, le comenzaron a leer sus artículos por razones ideológicas, se vino para UNIVERSIDAD y los denunció agriamente. Aquí estuvo hasta el último minuto y la misma semana cuando murió, publicábamos sin saberlo, uno de sus últimos escritos.

Eran sonetos o estampitas dificultosamente trabajados. Con graves faltas de mecanografía y correcciones a mano que tampoco se entendían. Revelan sus intereses del momento y su empeño por contrarrestar, con puro espíritu, los dolores intensos de una vieja diabetes complicada con nuevos males.

Charles Chaplin, Fellini, su primo Rafael, el fútbol o sus fugas de memoria, como el primer poemario, están entre los temas últimos que

evocó antes de la despedida y que hoy rescatamos, para la Costa Rica que lo admiró, de nuestras carpetas de correspondencia. Se trata de textos garabateados en su Remington o recortados de Excelsior, con correcciones encima. Siempre los ponía al correo normal cada semana y por ello llegaban tarde o se acumulaban. Son su último envío artístico a los costarricenses. □

### Homenaje a Rafael Cardona

Rafael: Ya que ocultas en el traje el iniciado efod de los esenios, quiero localizar tu paralaje venciendo lejanías y milenios.

Me van acompañando en este viaje siglos de oro, mágicos ingenios, aquellas armonías del lenguaje que amaron los Cervantes y los Ennios.

Recordaré en tu verso el vaso etrusco, l'atica forma, el río venerado. No te hallaré. Mientras así te busco

Irás por solitarias alamedas como un antiguo «rishi», meditando en los Upanishadas y los Vedas.

México, D.F., Navidad y Año Nuevo 1944-45